

quia uniforme y escalonada con claridad tal, que tendría que hacerse fuerza por no verla. Y no es el mundo tal jerarquía sólo, según confiesa LIEBMANN¹, cuando se clasifican las cosas coexistentes en el espacio por la homogeneidad y diversidad de sus accidentes exteriores,—resultando un edificio piramidal rematado por el hombre y basado en el reino mineral—sino aun cuando se examina el génesis y la sucesión de las épocas del mundo en el tiempo.

En los primeros principios existieron, como con razón suponían ya los pensadores de la escuela antigua², los elementos, ó sea las substancias químicamente simples, que puestas en movimiento y dirigidas por las fuerzas determinadas de la inercia, impenetrabilidad y atracción, iniciaron primero un proceso mecánico-físico inmenso.

Cuanto más se condensaban las masas de la esfera de gas que encerraba los elementos, tanto más rápida se volvía su revolución, y ésta á su vez iba acrecentando la fuerza centrífuga. Desprendiéronse zonas ó anillos, que se rasgaron en su mayor parte, formando cada trozo una nueva esfera. Nuestra tierra fué una de esas gotas líquidas en estado de ignición, aunque por el progreso del enfriamiento, cubierta de una costra sólida, sobre la cual se condensó y descendió al fin una envoltura de vapor de agua. Entretanto había habido también ocasión de que se verificaran los más diversos procesos químicos, cooperando todo lo que sucedía para preparar en la tierra las complicadísimas condiciones necesarias para la existencia de organismos.

Debemos prescindir, harto á pesar nuestro, de entrar en detalles, remitiendo al lector que pida más pruebas de nuestras tesis á la literatura, que de día en día crece, sobre Astronomía, Física, Química, Fisiología y las demás ciencias relacionadas con ellas. Para que luzca la verdad, aunque no con todos sus esplendores, bastará hacer resaltar algunos datos de buenas á primeras de la masa insuperable del material que hasta ahora se ha ido acumulando.

Si consideramos los fenómenos que ocurren en el movimiento de nuestro sistema solar, hallaremos la fuerza centrífuga de los planetas y de la luna tan bien medida, que se equilibra con la fuerza atractiva del sol y éste mismo, puesto en el foco común de todas las órbitas de los planetas y cometas que en su torno giran; y tan perfectamente calculadas hallamos las distancias que separan las diferentes estrellas, la dirección de su curso y las aceleraciones

¹ *Analysis der Wirklichkeit*, pág. 362.

² «Caeli et terræ elementa, dice P. SUÁREZ, sunt corpora simplicia per se primo pertinentia ad constitutionem universi; et ideo voluit Deus illa creare prius quam cetera.» (*De op. sex. dier.*, l. 1, c. 10, n. 8.)

y períodos de revolución, que fácilmente se previene todo suceso que pueda perturbar la armonía de su bien dirigido concierto.

Las cualidades del sol guardan en el más perfecto acuerdo con la particularidad de la tierra, regulando, no sólo sus movimientos, sino engendrando también la vida orgánica que hermosa su faz, despertando, mediante la irradiación, luz y calor con intensidad conveniente. Hasta el alimento que tomamos ha sido elaborado en las plantas por el calor y la luz; pues «hijos del sol somos», según TYNDALL dice.

De este modo tenemos en la tierra precisamente las condiciones necesarias para una existencia lozana de seres orgánicos.

Estudiemos, por ejemplo, la distribución de lo líquido y de lo sólido en la tierra. El interés de la zona templada exigía que se verificase un trueque permanente de las aguas más frías del polo y de las más calientes del Ecuador; y en efecto, los continentes dejan á las corrientes del mar libre la comunicación en el sentido de N. á S., al par que la continuidad del Océano está en la dirección de O. á OE. interrumpida por las tierras firmes del antiguo y del nuevo mundo³.

Acerca de la vegetación dice LIEBIG⁴: «No hay en la Química fenómeno más admirable, ni ninguno que haga enmudecer con tanta elocuencia á toda sabiduría de hombre, como aquel que ofrece la disposición de un terreno apto para la vegetación. Quien quiera, puede convencerse por las pruebas más sencillas de que el agua de lluvia que se filtra por la gleba fértil no disuelve en ella la más breve cantidad de álcali, ácido salicíco, sal amoniaco ó ácido fosfórico, y de que la tierra no da al agua ninguna partícula de todas cuantas substancias hábiles para el mantenimiento de vegetales contiene, de suerte tal que la más pertinaz lluvia no puede substraer al campo, sino en cuanto el agua se lleva la gleba mecánicamente, ninguna de las condiciones principales de su fertilidad. Mas la tierra laborable no sólo no suelta lo que posee de substancias que alimentan á las plantas, sino que extrae casi instantáneamente del agua de lluvia ú otra el amoniaco, álcali y ácidos fosfórico y salicíco que contiene disueltos, y solamente estas substancias se apropia y ninguna otra que no sea un alimento imprescindible para los vegetales.»

Es notorio que nuestra tierra posee precisamente aquellas condiciones de luz y calor que son las más ventajosas para el desarrollo lozano de los seres orgánicos. JUAN HERSCHEL⁵ no tiene

³ A. MURRAY, en la Revista *Ausland*, año 1875, pág. 328.

⁴ *Chemische Briefe*, II, pág. 261.

⁵ *Physical Geography*, 1861, pág. 3.

reparo en afirmar: "El objeto de la geografía física es presentar la multitud reunida y acumulada de pormenores como un conjunto armonioso, unido por relaciones é influencias recíprocas y sujeto á un plan grandioso.."

FARADAY dice acerca de la organización oportuna de las fuerzas en que estriba su colaboración armoniosa: "Hay diversos elementos dotados de variadas fuerzas de tendencias opuestas; algunas tan inertes, que el observador superficial podría inclinarse á reducir á cero su valor en la gran resultante de las fuerzas; otros, empero, armados de cualidades tan violentas que parecen amenazar la existencia de la creación; sin embargo, si se examinan bien los papeles que están destinados á hacer, hállase que concuerdan perfectamente con un gran esquema de adaptación armónica. No es posible modificar las fuerzas de ningún elemento sin destruir al instante el equilibrio de las armonías y perturbar la economía del mundo ¹."

A medida que la ciencia progresa resulta con mayor evidencia con cuán admirable conveniencia los reinos de la Mecánica, de la Química, Fisiología y Psicología están ordenados el uno respecto del otro para constituir un gran conjunto. El organismo se eleva con la plenitud de sus formas ordenadas sobre el quimismo, y el quimismo con sus fuerzas transformadoras estriba en el mecano y fisicismo. El mecanismo es lo primero. *Motus localis est primus in natura*; ésta es la doctrina de los antiguos. Lo último es el hombre; en el hombre se eleva lo orgánico para unirse á lo espiritual con la unidad más íntima.

122. Todo cuanto encierra la naturaleza está hecho con respecto á lo demás. La impenetrabilidad y la resistencia, la inercia y la conservación de la fuerza, los diferentes estados de agregación, la constitución molecular de los cuerpos, la atracción general, la cohesión, adhesión, afinidad y todas las diferentes propiedades de ellos, encajan una en otra tan maravillosamente por leyes determinadas, que los diferentes fenómenos naturales se reflejan todos según la norma de una conveniencia grandiosa. Si no hubiera simpatías y antipatías químicas entre las cosas, no tendríamos la variada multiplicidad de las substancias corpóreas, al par que estas diferentes substancias, á causa de la persistencia de los elementos químicos y de sus cualidades, muestran cierta estabilidad y armonía en todas sus composiciones.

La prodigiosa conveniencia resaltaría aún con resplandor más brillante si fuéramos á detallar pormenores, enseñando qué bien cuadran una con otra las diferentes clases de seres naturales;

¹ Lectures on non-metodic elements, pág. 290.

mas por fuerza hemos de contentarnos con las indicaciones más someras. Si la luz no tuviera la velocidad exorbitante de 42.000 millas por segundo, ó bien si el éter no tuviese la facultad de propagar del mismo modo las ondulaciones de los diferentes colores de que los demás medios carecen, imposible sería el que viéramos los objetos, cosa que nos parece entenderse por su misma claridad. Si la atmósfera no se compusiese de cuatro volúmenes de ázoe y uno de oxígeno, sino, al revés, de cuatro volúmenes de oxígeno y uno de ázoe, aniquilada quedaría la vida normal de los animales, y no sería posible el que las plantas vegetasen si no fuera por la corta cantidad de 0,03 volumen de ácido carbónico; y éste, á su vez, aumentado constantemente en muy poco, destruiría á los hombres y animales. Mientras que el hidrógeno y el azufre engendran unidos una combinación aceda, gaseiforme, inestable, combustible, mal oliente y venenosa, el hidrógeno se combina con el oxígeno, que tiene la mayor afinidad al azufre, formando el agua, líquido neutral, estable, inodoro é inodoro; líquido claro y limpio y dotado de todas aquellas cualidades exigidas por los múltiples usos que la naturaleza animada y la inanimada han hecho en épocas anteriores, y aun en esta misma, de esta substancia, doquiera necesaria y doquiera útil. Para no mencionar sino una sola circunstancia, al parecer insignificante, si el agua no tuviese la propiedad de tener su mayor densidad y gravedad á los 4 grados sobre su punto álgido, los lagos y ríos empezarian en invierno á helarse por las capas próximas á su fondo, destruyendo todos los animales que pueblan las aguas y todos los vegetales que se mecen en ellas. Si el agua no tuviera el mayor calor específico, no haría, como hace en realidad, el papel importantísimo de regulador térmico en el organismo animal y en las regiones aéreas. El silicio y el ácido carbónico, despojados de las peculiares cualidades químicas que la Química moderna les reconoce, no serían capaces de formar la base de las substancias de dos reinos, á saber: aquel elemento para los silicatos sólidos y rígidos, y éste para las materias movibles y transmisibles de que los seres animados edifican sus cuerpos. Si los procesos de la formación de la tierra no hubieran depositado, como en almacén bien seco, las poderosas vetas de sal (cloruro de potasio)—que con tanta facilidad se explotan—entre capas de arcilla, yeso y anhidrita, no fuera tan fácil y tan barato adquirir este condimento universal; si por otro lado la sal no fuera tan soluble como es, las aguas de los mares no la podrían recoger, ni la llevarían las nubes y los vientos por todas partes para alimentar los vegetales, que tan ansiosos la apeteecen. ¿Quién no admira la previsoría mano que amontonó los almacenes de hulla en las entrañas de la tierra? Pues esta previsión está

fundada por una parte en el encaje maravillosamente ideado de una serie de procesos geológicos que conducen á un sitio grandes masas de restos vegetales, substrayéndolos á la acción disolvente y destructora de la atmósfera, y por otra en las condiciones químicas de esos restos orgánicos y del carbono, elemento que en ellos prepondera. Mientras que una parte, acompañada de hidrógeno, y otra en unión con el oxígeno van saliendo de la mezcla, otra pasa forzosamente al estado elemental del carbono, que por su naturaleza pertenece á las substancias más invariables que alberga la tierra.

La planta, á más de ser conveniente por sí misma, lo es también por los animales, gastando la fuerza viva de los rayos solares y engendrando los hidratos de carbono, cuerpos albuminosos y grasos de que el animal necesita para producir las fuerzas vivas del calor y del trabajo. Todas las leyes de la naturaleza son estrictamente tales como deben ser para que se conserven los géneros y especies pertenecientes á un complejo de seres naturales. La fecundación normal de muchas plantas está á cargo del viento, de insectos y de otras causas que el acaso parece hacerles favorables. La economía de la naturaleza hasta procura por sí misma los remedios á todos los daños y desperfectos que en su gran casa ocurren. No se nos objete la aparente superfluidad y las que quisieramos tener por inconducencias de la naturaleza. Quien tales censuras hiciera, sería acaso capaz de negar el diseño artístico de un palacio porque falta un cristal en una ventana ó las escaleras no son de nuestro gusto y las torres están adornadas de caprichos que no tienen uso práctico. La naturaleza no es sólo la casa de un pobre jornalero, destinada á ocurrir á la más estrecha necesidad, sino palacio de monarca opulento, y sobre todo una obra de arte, y por mal que les pese á las cabezas matemáticas, una obra de arte llena de poesía.

No titubeando—como el escritor á quien arriba citamos—sino con la mayor energía de convicción, reconocemos la imagen de una conveniencia imponente en este magnífico juego de arte ó en esta grandiosa divina comedia que se desarrolla por dimensiones inmensas de espacio y tiempo. Es evidente que todas las leyes—la impenetrabilidad, la inercia, la atracción—que rigen en la naturaleza, no son sino un caso especial de entre muchos posibles. ¿Qué razón, pues, hay para que estas leyes rijan y no otras? ¿Quién nos explica que al paso que la indestructibilidad de la materia y la conservación de la fuerza aseguran su estabilidad al proceso universal, todas las determinaciones de las diferentes cosas sean tan singulares que todo este hermoso mundo pudo salir del seno del caos?

No hay descripción que pueda, sino por fragmentos mal copiados, reflejar aquella realidad cuya unidad grandiosa y llena de ardor atestigua por modo tan convincente el dominio del fin en el mundo. Dejemos, pues, á la ciencia natural descriptiva que busque y señale en todas las partes de la creación aquel indescriptible *εὖ καὶ καλῶς*: (bueno y bello) que eleva el espíritu reflexivo y embelleza el corazón sensible.

Damos por terminadas nuestras someras indicaciones sobre el dominio que la conveniencia ejerce en la naturaleza. "La organización entera del universo, dice el P. KLEUTGEN¹, donde concluye su exposición de la filosofía medicinal, reúne y ordena en su conjunto, que asimismo se conserva íntegro y cabal, infinito número de seres de las más diversas especies, con sus múltiples actividades y los variados cambios á que viven sujetos. El mismo orden, empero, que tiende á procurar el bien del todo y de sus partes, ofrece á quien lo contempla un espectáculo que arrebatara su alma con la hermosura más rica y sublime. Como quiera, pues, que esta hermosura y aquel bienestar no se han conseguido sino enderezándose mucho, y en nuestro caso muy sobre todo cálculo á un solo fin, debemos reconocer al orden del universo lo que en el sentido más sublime y en el grado más alto se llama *conveniencia*. Cuanto más, empero, detallamos nuestro examen de los cuerpos celestes y de los seres más ínfimos de la tierra, tanto más descubrimos esta conveniencia, encaminada á un tiempo á producir prosperidad y belleza. Y cuando luego volvemos á levantarnos de esta contemplación de las mezquinas criaturas individuales, á las cumbres á cuyos pies vemos tenderse el inmenso conjunto, debemos postrarnos maravillados ante la sabiduría que lo alcanza todo desde un fin al otro. ¿Qué puede, pues, ser más contrario á la razón que imputar á la torpeza del acaso la obra de una sabiduría, de la que la razón reconoce demasiado para poder la concebir?."

No necesitamos apenas advertir que el conocimiento más perfecto de los fenómenos naturales de que los hijos del siglo XIX gozamos, consiente ahora hacer mucho más exactas y precisas semejantes consideraciones que en tiempos pasados. Pero la idea capital que encierran se apreciaba aun antes de nuestra edad en todo su justo valor. Para excusar muchas citas² vamos á recordar una sola circunstancia. Aunque el conexo maravilloso de la naturaleza no es orgánico en el sentido preciso de la palabra, no se le puede ponderar en toda la amplitud de su importancia sino

¹ *Philosophie der Vorzeit*, II, n. 755.

² Véase, por ejemplo, *Philos. Cosmbr.*, in *lib. II Phys.*, cap. IX, qu. 1, art. I.—TH. RATNAUD, *Theologia naturalis*, dist. V, art. VI.

cotejándolo con un organismo. Esta comparación era corriente entre los filósofos escolásticos. "Todo el universo, dice SANTO TOMÁS, consta de las cosas individuales como el conjunto de sus partes. Si queremos determinar para qué existen el todo y las partes, hallaremos: primero, que toda parte está organizada para el acto que le es peculiar, como el ojo para la visión; segundo, que las partes menos nobles trabajan para las que lo son más; tercero, que todas las partes están ordenadas á la perfección del conjunto. De la misma manera en las partes del universo: primero, toda cosa está adaptada á su acción particular; segundo, las cosas más viles están puestas al servicio de las más perfectas, y todas ellas juntas constituyen la perfección del universo entero ¹."

§ III

Respuesta á las objeciones de los adversarios.

178. Es, sin embargo, precisamente la contemplación del conjunto aquello de que los impugnadores de la idea teológica suelen partir. Mientras que de ordinario se empieza por consignar los fines particulares para avanzar y subir hacia el fin general, los adversarios dan principio á sus ataques pintando el mundo, con colorido recargado, como teatro de luchas, estragos y destrucción, en el que un ser vive á costa de muchos otros, y continuamente se cruzan y contrarían los fines individuales, creyendo después que desde tales concepciones pueden proceder á rechazar la idea del fin en general y de todo fin en particular.

Si examinamos ahora los grupos en que los adversarios de nuestra tesis se dividen, nuestra atención se detiene primero en los sistemas sombríos del pesimismo. SCHOPPENHAUER habla de "este mundo, campo de batalla, de seres atormentados y angustiados, que subsisten los unos sólo devorando á los otros, donde toda bestia rapaz es sepulcro vivo de mil otras, y conserva su existencia con hecatombes de mártires, y donde luego, con la inteligencia, crece la facultad de sentir dolor;" y prosigue entonces así: "Un optimista me manda abrir los ojos y mirar el mundo cuán hermoso es extendido al sol, con sus montañas, ríos, plantas y minerales. Pero yo digo: ¿es el mundo acaso un *tuttilimundi*? Hermosas de ver, sí, que son esas cosillas; pero que lo sean, eso ya es otra cosa."

¹ *Summa theol.*, I, q. 65, art. 21.

Luego viene un teleólogo á encarecerme la sabia disposición que impide que los planetas no se rompan la crisma; que el mar y la tierra no formen una papilla, sino que estén bien separaditos; ni que todo se entumezca con continuo hielo, ni se achicharre por perpetuo calor; y cómo la oblicuidad de la eclíptica hace que no reine una primavera eterna, en la que nada llegaría á madurar, y otras cosas por el estilo, que al fin son meras *conditiones sine quibus non*. Pues si una vez que haya de existir un mundo cualquiera, y que sus planetas hayan de vivir lo que un rayo de luz necesita para al canzarlos desde una estrella fija lejana — y no hacer su petate como el hijo de Lessing á poco de nacer — claro está que no debían estar tan torpemente contruídos que amenazasen caer por su propia base. Mas si se procede á examinar los resultados de tan elogiada obra y á mirar á los actores que representan en esas tablas, unidas para no sé cuantas edades, y se ve entonces cómo la pena acompaña á la sensibilidad, y crece á medida que se va desarrollando y convirtiendo en inteligencia; cómo corren parejas con ésta, y aumenta la codicia, y se acentúa y exacerba el dolor, hasta que en el punto supremo la vida humana no ofrece su materia sino para tragedias y sainetes, no habrá, fuera de los hipócritas, quien esté dispuesto á entonar aluluyas ¹."

Hemos aducido este pasaje, no porque se deba contar á los pesimistas entre los adversarios consecuentes de la conveniencia en la naturaleza, sino meramente porque éstos suelen elegir por base de operación los desahogos amargos de los pesimistas, y aun con el fin precisamente de hacer constar que estos hipocondríacos no niegan los fines en particular, puesto que conceden, como acabamos de oír, que todo ser que trata de satisfacer, egoísta, sus propias necesidades á costa de los otros, prepara á algunos de éstos las condiciones de su existencia, sirviendo de este modo á la economía del conjunto ². Reconocen, pues, que la fábrica del mundo está construída para que exista, aunque denuncian su existencia como desastrosa. En efecto; el mundo es cierta desgracia para aquellas gentes que no tienen alientos para resolverse á tiempo y con libertad á escuchar los consejos de su conciencia. Pero esto, ¿qué tiene que ver con la conveniencia que rige en el mundo? El

¹ *Wels als Wille und Vorstellung*, II, pág. 667.

² El mismo SCHOPPENHAUER dice con acierto: «En la esencia de todas las cosas está fundada una armonía, en virtud de la cual el conflicto todo de las fuerzas naturales, más simples, ciegas, rudas y viles, dirigidas por la norma más rígida, y las consecuencias accidentales de tan espantosa lucha, labran en la materia, expuesta á su común fuerza, nada menos que la planta de un mundo, habilitado con la mayor conveniencia para ser cuna y vivienda de seres animados, y dotado de perfecciones tales, como ni la más discreta reflexión, ni el cálculo más preciso del entendimiento más perspicaz hubieran logrado realizarias.» (*Fareng y Faralipómena*, 3.^a edición, II, pág. 246.)

mundo no es, por cierto, considerado en su totalidad, la palestra de la lucha acerba y dolorosa de todos contra todos, como se presenta á los de nuestra edad, ¡tan engreída de los bienes de la civilización! "La planta, observa Wigand, no lucha ciertamente contra el clima, ni el suelo, sino que el aire, la humedad, la luz y el calor la nutren y fomentan., Las más veces los vegetales y animales verifican un cambio pacífico, previniendo sus necesidades y atendiéndolas mutua y amigablemente; de modo que un ser, al buscar el provecho para sí, concede ventajas al otro. Es verdad que un individuo sirve á menudo de alimento á otro con el sacrificio de su propia existencia. Pero muy errado concepto de la necesidad tendría quien hablase de una batalla campal del insecto con la golondrina, del ganado con el carnívoros, del trébol con los ratones, del árbol con el melonto, ya que el organismo que se alimenta de otro tiene ordinariamente fuerzas tan superiores que sólo con mira poética es lícito fingir una lucha donde no hay sino destrucción casi instantánea.

Fácil es, pues, hallar un criterio que permita contemplar el conjunto y reconocer que todo cuanto existe, está convenientemente ordenado á la *permanencia del conjunto*. Una frase fuera no más es el aserto de SCHOPPENHAUER, de que la conveniencia manifestada en el mundo denota el mínimo de una vitalidad que á duras penas mantiene la existencia del universo. Pues con igual razón podría afirmarse que denota el máximo. ¿O no alteraría un *plus* tanto como un *minus* la existencia del mundo tal como ahora está organizado? Parécenos, pues, que el filósofo de lo inconsciente anduvo muy acertado cuando llamó á la idea de SCHOPPENHAUER "un sofisma manifiesto."

No obstante, por cuanto profesa el idealismo de KANT, SCHOPPENHAUER niega indirectamente toda conveniencia que tenga pretensiones de realidad. "Nuestro entendimiento, dice, es el que, concibiendo como objeto, mediante sus propias formas,—tiempo, espacio y causalidad—aqueel acto de voluntad metafísico é indivisible en sí que se manifiesta en la apariencia de un animal, produce la pluralidad y diversidad de las partes, y luego se asombra—como quien admira su propia obra—de la perfecta armonía y concierto que sale de su primitiva unidad ¹." Este afirma que es el sentido de la gran doctrina kantiana, de que nuestra inteligencia introduce la conveniencia en la naturaleza, admirando por tanto un milagro que ella misma ha obrado ².

Como quiera que el idealismo concede la realidad de la conve-

¹ *Welt als Wille und Vorstellung*, II, pág. 374.

² *Ueber den Willen in der Natur*, pág. 57.

niencia, aunque á su modo la entiende, y que la forma subjetiva á que la somete cae por tierra con el idealismo kantiano mismo, no tenemos motivo para ocuparnos aquí con más detención de este sistema.

179. Los verdaderos negadores de la conveniencia natural deben buscarse en el campo de los materialistas, á quienes nada importa tanto como huir de la existencia de Dios. Sin embargo, desde que DARWIN publicó sus argumentos á favor de la teoría evolucionista, ya no es tan ruda ni tan general como antes la guerra que hacen los materialistas al hecho empírico de la conveniencia, creyendo ahora tener la posibilidad de reconocerla sin tener que tenerla como resultado de un plan inteligente. Quien antes de DARWIN reconocía conveniencia en el mundo, no podía escoger sino entre los dos extremos de suponer también en las causas mecánicas un principio teleológico en la naturaleza ó encima de ella, ó de buscar su salida en el idealismo excéntrico de KANT, FICHTE ó SCHOPPENHAUER. Si no se gustaba del uno ni del otro, no había otro remedio que el penoso de pasar por el mundo cerrando los ojos al hecho de la conveniencia que á cada momento se impone aun al menos lince. Muchos había, en efecto, que tachaban, y no pocos lo siguen haciendo, persuadidos de la veracidad de este silogismo que forman: "Reconocer esta conveniencia sería dar el primer paso en el camino que conduce á Dios; es así que todo método que conduce á Dios no es científico; luego no puede haber conveniencia en la naturaleza."

¡Extraño caso! Esos filósofos ratiocinan como si la mecánica no llevase ya al hombre con fuerza lógica como de la mano á Dios, causa primordial de todo movimiento y cambio. Pero renunciemos á esta observación, y veamos qué hay que responder, directamente al silogismo de los adversarios. En el curso de nuestra disertación, allí donde hayamos de ocuparnos con detención del *principio* del fin, resultará con evidencia que la premisa mayor debe concederse por la ciencia. Pero que la menor, que afirma que la ciencia no debe tomar nunca un derrotero que conduzca á Dios, debe negarse con la misma energía, lo comprenderá todo el que no esté de antemano dispuesto á combatir la verdad. Objétasenos que la ciencia pide que el mundo se explique por sí mismo. Con permiso, señores. Lo que pide la ciencia es: *primero*, que el mundo sea suficientemente explicado; *segundo*, que para explicarlo se recurra á las causas inherentes al mundo hasta donde sea posible, por lo que SANTO TOMÁS exige no se deba buscar milagros en él, sino ver qué da de sí la naturaleza de las cosas ³; y

³ "In prima institutione nature non queritur miraculum, sed quid natura rerum habeat." (*Summ. theol.*, I, q. 67, a. 4.)

tercero, que se pase más allá del mundo en cuanto la realidad señale esta salida de él con fuerza lógica. Si el mundo denota un hacedor existente fuera de él, del mismo modo que el reloj ó un cuadro denota sus autores fuera del uno ó del otro, el espíritu pensador debe dar aquel paso sin titubear. Aquella insensatez que el ateísmo pone como principio y postulado científico antes de toda discusión para afirmar ó negar de los hechos naturales lo que le place, tiene su causa, según está escrito en un libro muy antiguo, no en la cabeza, sino en el corazón.

180. De manera clara y rotunda se ha pronunciado recientemente contra la conveniencia el Dr. FEDERICO SCHULZE, "filósofo", de la Escuela Politécnica de Dresde¹, presentando contra ella las siguientes objeciones: Primera, nuestras observaciones nos autorizan sólo para hablar de nuestra experiencia, la cual abarca una parte pequesísima del inmenso universo. "Nuestra mirada penetra sólo en una barranca ú hoz de la infinita sierra del mundo, dice; ¿cómo, pues, nos atrevemos á juzgar el carácter de toda la montaña por las rocas de esta única hondonada?". Segunda, para poder juzgar la conveniencia del mundo, deberíamos conocer su fin. "Mas ¡qué impotente y miserable es el saber del hombre en orden á semejante tarea!". "Nada podemos saber, pues, del fin del universo, dice SCHULZE, y por tanto nada tampoco del fin de la parte del universo á que nuestros sentidos tienen acceso, el mundo de nuestra experiencia.. Tercera, aun cuando conociéramos el fin del universo poco habríamos adelantado, ya que seguiríamos ignorando si en realidad el mundo está perfectamente adaptado á este fin en todas sus partes, aun las más pequeñas, si siempre lo ha estado y si de aquí en adelante lo estará.

De buena gana concedemos que el Sr. SCHULZE no ha colocado en mal sitio el viento de molino, contra el cual pone su lanza en ristre. El que afirme que puede demostrar directamente, mediante la observación, la conveniencia de todo el universo en todas sus partes y afecciones, y con relación al último fin universal de la inmensidad de los mundos, tiéndase paciente para recibir del filósofo dresdense los palos científicos, que bien los habrá merecido; pero no seremos nosotros los que tal sostengamos. Quien quiera que contemple el mundo visible, hará la misma experiencia que el hombre observador que visita los vastos establecimientos de Krupp sin estar enterado del objeto final de tamaño aglomeración de máquinas, ni poderse guiar por un plano de sus dilatados talleres. La disposición conveniente de muchos mecanismos

¹ En la revista *Kosmos*, I, pág. 205 y siguientes, y en su obra *Philosophie der Naturwissenschaften*, Leipzig, 1881, t. I, pág. 70 y siguientes.

será manifiesta; en otros no reconocerá para qué sirven; pero en cuanto vea la regularidad y el buen régimen de todos los trabajos no dudará que hay un fin aun allí donde se le oculta, y poniéndose á indagar y reflexionar, se persuadirá de la conveniencia del todo y de sus partes cuanto más adelante en su investigación. Esto es lo que sucede al hombre en el estudio de la naturaleza. Cuando más sin prevenciones contempla la naturaleza, tanto más claramente se le revela la conveniencia de su organización, la cual le basta para colegir de ella que debe tener un autor inteligente. Una vez encaramado á esta altura del saber, podrá también atreverse á afirmar que el fin rigió las cosas del mundo aun por el lado inaccesible á nuestras observaciones, y hasta adquirir datos suficientes para lograr un conocimiento cierto y fijo del fin universal de obra tan grandiosa.

Muy interesante sería averiguar qué idea el Sr. SCHULZE se ha servido formar de las partes del mundo que él desconoce. En la única hondonada en que se le permite penetrar, esto es, en la parte del universo que él conoce, ve que todo revela la más admirable armonía y conveniencia; mecanismo, astronomía, física, reinos animal y vegetal, todo, en fin, lo halla muy bien concertado. ¿Cómo, pues, han de estar las otras "hoces", de la montaña? ¿Brotarán en ella, según enseñaba el por SCHULZE tan encomiado EMPEDOCLES, por casualidad del suelo seres que no tengan sino cabeza ú ojos ó pies? ¿Ha de poblarlas nuestra imaginación de toros con cabezas humanas ú hombres con cabezas de toros ó peces? ¿Habrá tal vez empezado allí la acción orgánica antes de la química? No cabe duda que el filósofo dresdense ha dicho esta vez más de lo que había pensado.

181. Sin embargo, surge ahora en el mundo fenoménico otra duda, á la cual atribuye esencial importancia también el catedrático á quien acabamos de despachar. Esta duda fué formulada de manera clásica por T. A. LANGE, y ha sido repetida por muchos otros en los últimos años. También T. SCHULZE condesciende á reproducir las palabras de LANGE. Oigamos, pues:

"Toda la teología, dice el historiador del materialismo, radica en la opinión de que el Arquitecto de los mundos procede de tal modo que el hombre, por analogía del uso que hace de su razón, lo debe llamar conveniente. Este fué ya el concepto ideológico de ARISTÓTELES, y aun la teoría panteísta de un fin immanente al mundo mantiene la idea de una conveniencia correspondiente al ideal humano, si bien abandona la persona extramundana que á manera de hombre idea primero este fin y luego lo ejecuta. Empero no hay ya que dudar que la naturaleza progresa de una manera que no tiene analogía alguna con lo que el hombre por

conveniencia entiende; hasta es cierto que el medio de que principalmente se vale, es tal que, apreciado con la medida del entendimiento, sólo puede equipararse al acaso ciego. No es preciso esperar del porvenir la prueba de este aserto, pues los hechos proclaman su verdad con tal claridad y unanimidad en los diversos terrenos de la naturaleza, que es inadmisibile en adelante toda filosofía que contradiga á estos hechos y á su forzosa interpretación. Si alguien, para matar una liebre, disparase un millón de escopetas en todas las direcciones de un extenso campo; si para penetrar en una habitación cerrada comprase diez mil llaves de cualquier construcción y tamaño para probarlas todas; si para poseer casa propia edificase una ciudad y entregase las demás casas á la intemperie, nadie llamaría convenientes semejantes desatinos, ni menos presumiría que en su fondo hubiese alguna sabiduría sublime, causas ocultas ó prudencia superior. Mas quien se entere de las leyes de la conservación y reproducción de las especies tales como la ciencia natural moderna las ha formulado, encontrará en todas partes un derroche enorme de gérmenes de vida. El que los gérmenes de vida perezcan y lo comenzado falle y zozobre, es la regla; caso especial de entre millares es el desarrollo normal; éste es la excepción, y la excepción crea aquella naturaleza que el ojo miope del teleólogo ve tan admirablemente conservada por sí misma. "Vemos la faz de la naturaleza, dice DARWIN, radiante de alegría; vemos á menudo abundancia de alimento; pero no vemos ú olvidamos que los pájaros que en rededor nuestro cantan, libres de todo cuidado, viven los más de insectos ó semillas, destruyendo vidas sin cesar; olvidamos qué estragos causan en la multitud de esos cantores alados, ó en sus huevos ó hijuelos, las aves de rapiña y otros animales; no recordamos que la comida que ahora tienen en abundancia escaseará en otras épocas del año." Hasta en el terreno intelectual parece ser el método de la naturaleza el que deja consumirse en la miseria y desesperación á millares de espíritus dotados de talentos iguales y animados del mismo afán de medrar y crecer, para formar un solo ingenio que debe al favor de las circunstancias su próspero desarrollo, pareciéndonos "acaso", el único caso afortunado, porque está ordenado por el mecanismo de leyes naturales que en cuanto alcanza el entendimiento humano no tienen que ver con esta consecuencia excepcional de su mutuo encaje. Pero en la totalidad podemos reconocer la necesidad en virtud de la cual *deben* hallarse entre los innumerables casos también los favorables, puesto que existen en realidad, y la realidad está producida por las leyes eternas".

Entre los millones de casos cuya inconveniencia se puede demostrar, hay por de contado también unos cuantos que nos parecen oportunos, aunque en realidad sean tan "casuales", como los demás. Este es en pocas palabras el sentido de toda la prolífica objeción. "Las leyes eternas producen, según LANGE dice en otro lugar¹, una multitud de variaciones, una infinidad de gérmenes, para los que el caso de que sean convenientes ó salven la vida, es tal vez muy raro en razón al número exorbitante de los ensayos inútiles." ¿Qué puede responderse á esto? Hemos de considerar la cuestión en nuestra opinión por diferentes aspectos.

Primeramente, debe recordarse que ya á primera vista no es en realidad tan sumamente raro lo que el juicio del adversario deja pasar por conveniente, como las comparaciones con las escopetas, las llaves y la ciudad indican. Al contrario, todo conocedor de la naturaleza confesará que lo conveniente en la naturaleza es la regla, al par que pasa en el número también alguna cosa que otra cuya conveniencia no alcanzamos, ó que quizá sea, en efecto, inconveniente por tal ó cual concepto². Por deficientes é incompletas que hayan sido nuestras indicaciones, ó precisamente porque lo fueran, no es preciso aducir más pruebas para este aserto. Sin embargo, examinemos más de cerca la cuestión.

182. Admitimos, pues, que en algunos casos no sabemos indicar el fin para el que ésta ó aquella disposición se haya hecho en la naturaleza. ¿Qué se sigue de ahí? Nada, sino que tenemos aún que hacer grandes adelantos en el reconocimiento del fin³.

No pocos adversarios de la teleología se escandalizan de que observadores superficiales hayan establecido fines falsos, ó encontrado fines donde no haya que buscar ninguno, cómo, por ejemplo, aquel maestro de escuela demostró á sus discípulos la sabiduría de Dios en que habia guiado los mayores ríos precisamente por donde están las grandes poblaciones. Si tal idea causa risa, no menos estrafalaria es la conducta de aquellos sabios que andan tan listos para negar la conveniencia si no les salta á los ojos en seguida con la claridad del sol meridional. De esta suerte SCHOPPENHAUER manifiesta su ignorancia, ó más bien su hipocondría. "Si alguien quiere abusar de la conveniencia externa para conclusiones físico-

¹ L. c., pág. 274.

² "Malum nunquam invenitur, dice SASTO TOMÁS, nisi in paucioribus, si referuntur effectus ad causas proprias, quod quidem in naturalibus patet." (*Quaest. disput.*, q. 1. de pot. a. 6 ad 2.)

³ Muy acertadamente observa SAN AGUSTÍN: "Si quis in alicuius officii officinam imperitus intraverit, videt ibi multa instrumenta, quorum causas ignorat, et, si multum est insipientis, superflua putat. Jam vero, si in fornacem incautus incidit, aut ferramento aliquo acuto se vulneraverit, noxia existimat sibi esse multa; quorum usum quia novit artifex, insipientiam eius irridet. Sic in hoc mundo quidam audent multa reprehendere, quorum causas non vident." (*Lib. 1 in Gen. c. Man.*, c. 19.)

teleológicas, como sucede aun en el día, aunque esperamos que sólo entre los ingleses, advierta que hay muchos ejemplos de esta clase *in contrarium*, es decir, ateleologías para embrollar su cuenta. La más fuerte ateleología es la impotabilidad del agua de mar, por la cual el hombre no está en ninguna parte más expuesto á perecer de sed que en medio de los grandes océanos de su planeta. ¿Para qué ha de ser el mar salobre? Pues vayan ustedes á preguntar á los ingleses ¹.

Creemos que si el inglés á quien se pregunte ha disfrutado el beneficio de una instrucción regular, no estará perplejo en la respuesta.

Ya hemos dicho que no conocemos siempre el fin tan bien como en este caso precisamente, y aún nos quedan progresos por hacer. Algunos decenios hace aún no se sabía por qué, á pesar de lo que la buena crianza manda, nos inclinamos á abrir la boca cuando fijamos mucho la atención. Hoy día ya se conoce el fin de esta previsión. Al hajar la artrodia de la mandíbula inferior, la columna de aire contenida en el conducto auditivo externo se ensancha, por lo que el tímpano, herido por las vibraciones de esta columna, vibra con más intensidad y comunica al oído impresiones más enérgicas. Sabían ya de antiguo que el cerrar tan á menudo los párpados estando uno despierto sirve para mantener limpia la corvadura exterior del ojo, sin pensar en otro fin que pudiese tener este movimiento. Ahora se ha averiguado que si los párpados no humedeciesen continuamente la superficie de la piel córnea con la lacriolina (humor lagrimal), que al cerrarse exprimen de los epicántides y llevan por el conducto higroblefárico á los epicántides interiores, aquella corvadura se secaría, el ojo perdería su brillo y, lo que fuera peor, el humor acuoso y volátil del interior del ojo se evaporaría por la piel córnea, causando la destrucción de todo el aparato óptico. Al propio tiempo los movimientos continuos de los párpados conducen al humor lagrimal no empleado para humedecer el ojo, por las goteras lagrimales y el conducto lagrimal nasal á las narices, donde sirve para aumentar la delicadeza del olfato. De esta manera la ciencia hace casi diariamente progresos en el descubrimiento de los fines naturales, progresos que se deben sinceramente agradecer.

183. Dado, empero, que las cosas naturales no resultasen convenientes por todos conceptos, ¿qué se habría de seguir de ahí? ¿Acaso hemos sostenido que todo ha de servir á algún fin por todos conceptos? ¿que el mundo ha de ser *absolutamente* per-

¹ *Welt als Wille und Vorstellung*, II, pág. 383.

fecto? Entiéndese por sí mismo que un organismo muy ventajoso para cierto objeto puede parecer inútil por otro respecto; mas bien podrá alegrarse la existencia reconocida de inconveniencia como *prueba* de la existencia de lo conveniente, pues no hay conveniencia sino donde tiene importancia el que haya orden al fin ¹.

La verdadera solución que infiero de la dificultad suscitada está en el hecho, en que no podrá insistirse con bastante energía, de que las inconveniencias é inconducencias alegadas por los adversarios de la tesis teleológica encajan exactamente en el orden general del mundo. No es nueva esta solución. Los antiguos peripatéticos la mencionan á menudo, é igualmente otros filósofos. PLOTINO da el siguiente giro á la idea que acabamos de expresar: "Sucédenos lo que á aquellos que no entienden de pintura y censuran al pintor porque no haya llenado toda la tabla de lindos colores; el pintor empero distribuye la luz y la sombra con arte. De modo análogo no debemos buscar la misma perfección en todas las partes de un Estado bien gobernado. ¿Quién condenaría tampoco una tragedia ó comedia porque no consta toda de papeles heroicos, sino que también el gañán y paleto se despache en ella á su gusto inculto? No haría tampoco más hermoso un poema el que tachase en él todos los pasajes menos patéticos ²". PLOTINO hubiera podido agregar que para una tragedia imponente se requiere, no sólo diversidad de papeles principales y accesorios, sino también un grado mayor y menor de perfección desplegada por los representantes, pues el arte de excelentes dramáticos no se apreciará en todo su valor sino cuando aparezca al lado de otros que no disponen con tal perfección de los recursos histriónicos. De la misma manera, lo bueno y conveniente en la naturaleza no resultaría con tan distinto relieve si no acacese mucho que bajo algún concepto aparece inoportuno ³.

Háblase de la destrucción que reina en la naturaleza, del exterminio de tantos seres, y estímase con el príncipe, en el *Visionario* de Schiller, desconsolador el que todo en derredor nuestro sea fu-

¹ Con gran acierto dice SANTO TOMÁS: «Peccatum non invenitur nisi in his, que sunt propter finem; nec enim imputatur alicui peccatum, si deficiat ab eo, ad quod non est; medio enim imputatum ad peccatum, si deficiat a sanando naturam, non autem a edificatori aut grammatico.» (*Summ. c. gent.*, l. 3. c. 2.)

² *Ennead.*, III, l. 2, pár. II.

³ «Particularis agens, dicitur ad bonum partis absolute, et facit eam, quanto meliorem potest; universale autem agens tendit ad bonum totius; unde aliquis defectus est propter intentionem particularis agentis, qui est secundum intentionem agentis universalis... (et sic) diminutio et corruptio et omnis defectus est de intentione naturae universalis, non autem naturae particularis.» (*Summ. c. gent.*, l. 3. c. 94.) Y en otro lugar: «Deus et natura et quodcumque agens facit quod melius est in toto, sed non quod melius est in unaquaque parte nisi per ordinem ad totum.» (*Summ. theol.*, l. 1. q. 48, ad 2.) Véase mis *Instit. phil. nat.*, pág. 217, donde he explicado la idea en el sentido del santo maestro.

gaz. "Todos se aprietan y empujan al vecino para beber una gota de la copa de la existencia é irse sedientos. ¡Ahora mismo, que me gozo en mi fuerza, ya aguarda una vida germinante el momento en que pueda cebarse en mis despojos corrompidos." Mas no se echa de ver que sin tal ruina sería imposible el continuo génesis de las cosas:

«Es muss sich regen, schaffend handeln,
Erst sich gestalten, dann verwandeln...
Denn Alles muss in nichts zerfallen,
Wenn es im Sein beharren will»¹.

Si estudiamos la economía de la naturaleza con atención no prevenida, debemos quedar pasmados y pensativos ante la profusión de vida que, á pesar de la lucha de las fuerzas y actividades, está derramada por doquiera, ante la unidad del fin en la disparidad de los medios, y ante el orden inmutable que reina en tamaña aparente confusión. No hay en la naturaleza de lo repugnante y pavoroso sino lo que es preciso para que en su fondo oscuro resalte debidamente lo bello y admirable; y los pesares y trabajos que suelen acompañar una vida virtuosa hacen que el valor ético de la virtud resplandezca con mayor brillantez.

Es indiscutible la posibilidad de otro orden universal del que al menos una parte de las imperfecciones del actual estuviesen borradas. Pero ¿qué sería el *actual* orden del mundo si no existiesen aquellas irregularidades? ¿Dónde habría sitio para nuevas vidas si ningún germen fuera destruido, ningún viviente pereciese "prematuramente"? ¿No tienen acaso los gérmenes otro fin que el de desenvolverse y llegar hasta la madurez de la vida? ¿No consiste también en esto la conveniencia de los gérmenes, en que llevan ya en sí todo cuanto los habilita para el desarrollo perfecto, por más que nunca lo alcancen? ¿No pertenece la profusión de los gérmenes que perecen y de los acontecimientos que huelgan á la existencia del orden actual del mundo?

Esta idea de que la muerte de tantos organismos, y en general todo cuanto parece inconveniente con respecto á un fin más cercano, está en perfecta armonía con el orden cósmico, es digna de que la consideremos con mayor amplitud para penetrarnos de su importancia bajo todos los aspectos que ofrece.

¹ Así Goethe. Con más acierto aún llama Tertuliano la naturaleza «*defraudatrix servatricem, que ut reddat, intercepti; ut custodiat, perdit; et integre, vitiat; ut etiam ampliet, prius decoquit; si quidem uberiora et cultiora restituit, quam exterminavit.*» (*Lib. de resurrex. carn.*, c. 12.)
Los versos de Goethe dicen, poco más ó menos, así: «Es preciso que todo se mueva, obre creando, se forme primero y se transforme luego... pues todo debe en la nada consumirse si quiere permanecer en la existencia.»

J. A. LANGE es censurado por BAER¹, y con razón, porque introduce la noción de trabajo humano en los procesos de la naturaleza justamente cuando tildaba á la teleología de antropomorfista. Porque tanto polen y tantos espermatozoos se corrompen sin producir el efecto á que están primeramente destinados, y porque la vida orgánica muere antes de gozar la plenitud de sus facultades, ¿no ha de haber conveniencia? "Tal raciocinio, observa von BAER, toma precisamente el trabajo humano por medida de las actividades naturales, sin que se eche de ver que los efectos producidos por la naturaleza dependen de fuerzas y relaciones *universales*, cuyo éxito está garantido por su universalidad misma." Si la lluvia solaza plantas sedientas, no es de ningún modo inútil que caiga también sobre veredas áridas y duros riscos y superficies de aguas. La lluvia es el resultado de necesidades universales en la naturaleza de nuestro planeta; pues no llueve ahora sólo para regar aquellas plantas, sino que las plantas y animales están en general organizados con atención á las condiciones que regulan la circulación incesante del agua y del aire.

Los que reclaman ciertas conveniencias que no ven realizadas en la naturaleza, la miran de ordinario desde un punto de vista muy bajo. No admite, por ejemplo, duda ninguna que el ojo humano, juzgado meramente por la teoría óptica, no es el aparato de visión más perfecto que pueda imaginarse, pues un telescopio que nos saliese por debajo de la frente nos prestaría ventajas que ahora echáramos de menos. Pero díganosen si dos protuberancias semejantes cuadrarían bien en el organismo humano. Igualmente sería muy de agradecer el que el cráneo humano fuese tan duro que ni el más tremendo porrazo lo pudiese romper; ¿mas no serían mucho mayores las desventajas de un cráneo tan macizo y pesado?

No es, pues, atrevida la afirmación de que si el orden dado perdiera alguna de las llamadas inconveniencias que le son inherentes, se perturbaría el engranaje de las cosas existentes en la actualidad.

Desde el mismo punto de vista debemos sostener que si una multitud de individuos no alcanzan el grado posible de perfección, también estas innumerables muertes prematuras pertenecen al orden del universo. Toda vez que el bien del todo exige que las diferentes especies no rebasen de ciertos límites, los individuos de unas clases están destinados á combatir á los de otras. Recordemos para ilustrar esta ley las relaciones que existen en Inglaterra entre el trébol encarnado, los abejorros, los turones y los gatos, hecho que ha sido señalado ya por varios autores, y que

¹ *Studien*, pág. 193.

muestra en miniatura de qué modo en la gran casa de la naturaleza la diversa reciprocidad de las cosas sirve para regular las distintas influencias y evitar que ninguna prepondere en perjuicio del conjunto. La mayor belleza de la armonía del universo se manifiesta en eso mismo de que lo imperfecto debe sacrificarse á lo perfecto, y que los seres individuales y sus destinos particulares se subordinan al fin que el mundo todo ha de alcanzar. Sabios naturalistas de primer rango confirman esta tesis.

Parece existir una ley general de la naturaleza, dice poco más ó menos R. G. v. BAER, que deja subsistir todos los organismos sólo por la asimilación y desasimilación de las substancias nutritivas. Las plantas y los animales de las clases inferiores pueden tomar estas substancias únicamente de la mezcla de los cuerpos elementales; los animales de clases superiores no admiten otras substancias que las elaboradas en combinaciones orgánicas por aquellas formas superiores. La consunción, pues, de las plantas y animales imperfectos por otros más nobles representa un desarrollo ulterior de combinaciones químicas para el fomento de la vida orgánica superior. Toda vida orgánica es una especie de génesis, que empieza por principios muy modestos y crece por un cambio continuo de las substancias alimenticias. Mas si una vez ha de consumirse alimento, debe llamarse á la verdad economía el que este alimento mismo viva algún tiempo y goce de la existencia. El catedrático WIGAND observa con gran acierto que por el cambio rápido de los diferentes organismos se consigue precisamente el fin de producir el mayor número posible de existencias con el menor gasto de medios posible, esto es, en el más corto espacio de tiempo, siendo para este efecto de la mayor importancia en general la ley por la cual la destrucción de seres inferiores prepara las condiciones para la existencia de otros relativamente superiores, incluso el hombre. La impresión general, pues, que recibimos al contemplar el mundo orgánico, mirándolo sin prevención y no desde el más bajo punto de vista, es la de la armonía más admirable y de la abundancia más profusa de una fuerza generadora que se regula á sí misma con sabia moderación, apareciendo sólo como un factor preciso el sacrificio de unas existencias en favor de otras, de igual modo que toda vida y todo génesis mismo, hasta el desarrollo perfecto del individuo, implica un cambio incesante de los elementos, ó sea un rejuvenecimiento continuo¹.

No es, por tanto, indicio de falta de conveniencia en la naturaleza el que un organismo consuma al otro, sino más bien prueba de conveniencia, puesto que, en general, son organismos más per-

¹ *Der Darwinismus*, I, pág. 96.

fectamente desarrollados los que consumen á los imperfectos. Las plantas, que son el primer alimento y el más general, no tienen conocimiento alguno de su propia existencia. Este conocimiento de sí mismo es aún muy débil en los animales inferiores, y le encontramos más acentuado cuando subimos á órdenes más elevados de las criaturas. El hombre, el ser más sensible, no puede menos de vivir de substancias orgánicas, destruyendo muchas existencias animales, aunque sucede algunas veces que sucumbe á los ataques de seres más bajos, de bestias de rapiña y de serpientes venenosas. Pues el bien común del mundo exige que todo organismo sea próximo fin para sí mismo y procure por todos medios la conservación de su especie. Si de esta ley nacen colisiones perjudiciales á algún individuo que otro, es éste un defecto que no deja de tener importancia en el orden del universo.

Para comprender algunos otros acontecimientos en la naturaleza es preciso tener presente que toda naturaleza se rige, para el bien del universo, por estos dos principios: la naturaleza es parca sin ser misera; ostenta riqueza sin ser pródiga. El objeto de la naturaleza no consiste únicamente en la conservación y reproducción de las especies existentes con la mayor economía posible, según los adversarios de la teleología aseveran una y otra vez con incomprensible cortedad de vista, sino en la más opulenta abundancia de formas é individuos y en el más sistemático encadenamiento, y luego, por otro lado, también en la mayor parsimonia posible en el consumo de fuerzas y substancias. En aquel concepto, decían los pensadores de la antigua escuela: la naturaleza no hace nada inútilmente, prefiere los caminos cortos, antepone la amenidad, no procede á saltos, etc., etc.; y en el segundo: la naturaleza ama la variedad; hace alarde de unidad en la armonía y simetría; gobierna su casa como los acaudalados la suya; no se liga á un modo de obrar determinado; es caprichosa en la formación de los individuos; gusta de ostentar su fuerza, y otros apogemas semejantes.

No sería difícil tampoco colocar bajo uno de estos puntos de vista gran número de supuestas inconveniencias que los adversarios señalan en algunos organismos, cuales son la vejiga aérea de peces que nunca se elevan del fondo, los ojos del ratatopo, las vértebras de cola de animales que de ella carecen.

Creemos haber removido las dificultades con que se trata de poner en duda la conveniencia reinante en la naturaleza. Por ahora nos basta haber consignado el hecho natural de la conveniencia. En otra ocasión habremos de ocuparnos de la tendencia hacia un fin, otra noción integral de nuestro sistema cosmológico.